

El castellano en América

I

Las cátedras de «La Prensa»

El presente artículo no dirá nada nuevo á mis lectores de la República Argentina; pero es un acto de gratitud debido por todos los españoles, y que yo, como tal, quiero cumplir ahora, seguro de que ejerzo á la vez una función representativa que ningún compatriota mío se negará á convalidar, aun habida cuenta de la insignificancia del representante.

Instintivamente, las naciones han procurado en todos tiempos, si no *imponer* su idioma, difundirlo en los países á que alcanzaba su acción. Las razones que para hacer esto pudieran tener en cada caso, habrán sido muy diferentes; pero la fuerza interior que á ello les movía, era siempre una: la obscura conciencia de que con el idioma difundían su espíritu en lo más alto y más original de sus manifestaciones. La fórmula reflexiva, científica, de esa fuerza la dió, hace cerca de un siglo, aquel ardiente patriota alemán llamado Fichte, cuya doctrina han repetido luego todos los autores; pero Fichte no hizo más que declarar y aclarar lo que estaba en el fondo de la historia humana. La moderna ciencia del lenguaje—hasta sus derivaciones últimas, verbigracia, la Semántica—ha venido á confirmar la teoría expuesta en el cuarto *Discurso á la nación alemana*. Fran-

cia, quizá más que ningún otro país, ha traducido esa teoría en hechos, y lejos de abandonar la suerte de su idioma en los pueblos con quienes mantiene alguna relación de raza, política ó comercio, cuida celosamente de ella, ya mediante instituciones oficiales, ya por el esfuerzo de asociaciones privadas; y hasta en sitios donde no se da, ni es posible que se dé, el motivo de la colonización ó de la comunidad de raza, crea órganos de divulgación de su lengua nacional, como lo atestigua, respecto de Escocia, la *Revista Francesa de Edimburgo*, fundada por el profesor M. Sarolea y dirigida, con profundo sentido, á sostener, sobre la base del idioma, el prestigio intelectual de Francia en el extranjero y la difusión de su literatura.

España ha hecho hasta ahora poco, poquísimo en este sentido; y eso que para ella la cuestión reviste caracteres de mayor importancia que para una nación poderosa como la francesa.

Vista la cuestión concretamente con relación á los países americanos, tiene un doble aspecto para nosotros: el de la conservación del idioma en su legítima pureza entre los emigrantes españoles, y el de su mantenimiento como lengua nacional entre los americanos. Lo primero es una necesidad primordial, si queremos que esa masa española continúe formando moralmente parte de nuestra nación, y sea, á su reingreso en la madre patria, ó en sus constantes relaciones con ella, un factor homogéneo con el peninsular, sobre el cual puede ejercer, y de hecho ejerce, influencias altamente beneficiosas (1). Lo segundo responde ya á más altas y generales necesidades del espíritu hispano, en lo que tiene de más genuino y más digno de sostenerse y perpetuarse, frente á las invasiones y á la absorción de otras razas ó pueblos. El problema ha sido suficientemente estudiado, en fecha no lejana, por autores americanos y españoles, y no es cosa de volver sobre él para repetir ideas ya

(1) De alguna de ellas he hablado en el capítulo *Fuerzas progresivas*. Los americanos.

vertidas y que han hecho su camino ó lo están haciendo (1). Lo que conviene aquí recordar—y digo recordar, porque bien lo saben todos mis lectores, y muchos de ellos mejor que yo, más *experimentalmente*—es que uno y otro fin tropiezan en los países americanos con gravísimas dificultades, por el sinnúmero de causas que á diario contribuyen á que el castellano se corrompa ó á que pierda terreno, sustituido por otras lenguas europeas. La ecuación racional—y natural (racional, precisamente porque es natural)—que debe existir entre el castellano puro y las modalidades que de continuo produce la fuerza viva de naciones nuevas, creo que está ya suficientemente determinada para que nos ahorre, en el camino de los razonamientos presentes, la discusión del cómo debe ser el castellano en América.

He expuesto mi opinión más de una vez, y en ella me afirmo, porque cada día me parece que satisface mejor las aspiraciones igualmente legítimas de los españoles y de los americanos, quienes no pretenden que el idioma troncal desaparezca, sino enriquecerlo y renovar de continuo su léxico (2). Basta, para mi propósito de ahora, reproducir este párrafo: «La parte esencial, característica, indestructible de toda lengua (no enteramente determinada todavía, pero sin duda más visible que en ninguna otra parte en la sintaxis, en la derivación vocabular y en la condición ideológica, en algo de lo que ahora se llama Semántica) es y debe ser igual para los americanos que para nosotros;

(1) De ese problema he tratado en varios capítulos del libro *Cuestiones hispanoamericanas*, con ocasión de examinar las obras de Arreguine, Rodó y otros autores.

(2) Véase, sobre todo, el capítulo «El castellano en América», de *Cuestiones hispanoamericanas* (Madrid, 1900) y el artículo «Lecturas americanas», publicado en el año de 1903 en *La España Moderna*, y referente al último libro de Ricardo Palma. Sobre esta misma cuestión, consúltense el artículo del Sr. Henao, director de Instrucción pública en Colombia, publicado, con el título de *Por la lengua castellana*, en un reciente número de la revista de la Unión Iberoamericana; otro del señor Araujo, en *La España Moderna* (Diciembre 1908); los que escribió Atienza en la revista *España*, de Buenos Aires, etc.

y dado que todo idioma es un fenómeno natural que sigue leyes propias y no tolera innovaciones que las contradigan, ni acepta, aun de los escritores eximios (cuanto menos, del vulgo), más que cierta ayuda en su desarrollo lógico y nunca una dictadura arbitraria, la determinación de esas leyes y su defensa contra infundadas novedades constituye uno de los trabajos más meritorios y de más positiva utilidad, no sólo para la literatura, sino para toda la vida intelectual de los pueblos.»

Ese trabajo lo han hecho, mejor y en más grande escala que los mismos españoles, lingüistas americanos, desde Bello y García del Río á Cuervo, una de las primeras autoridades, si no la primera hoy, en materia de castellano. Es éste ya un motivo de gratitud que tenemos para con nuestros hermanos de América. Pero no es mi ánimo ahora recordar todos esos estudios ni puntualizar su efecto indudable sobre la pureza del idioma en América y en España. De lo que quiero hablar es de un hecho reciente, que vale por muchos libros—dado el carácter más *pedagógico* de su acción—y que contribuirá, seguramente, de modo efficacísimo, á mantener la integridad del idioma patrio en la República Argentina. Me refiero á las cátedras creadas por el diario bonaerense *La Prensa*.

Hablar á los lectores de *España* de lo que es *La Prensa*, me parece ocioso. No lo sería tanto si este artículo se hubiera de publicar en un periódico de la Península; porque, desgraciadamente, la mayoría de mis compatriotas ignora lo que representa aquel diario y lo que ha hecho en pro de la cultura popular y del sentido «social» de la vida. Parecerá por esto que hubiera sido mejor escribir las presentes cuartillas dirigiéndolas á mi público de España. Sin que renuncie á ello—antes al contrario, fijándolo desde ahora como tema de un trabajo próximo—, lo que yo deseo aquí es reflejar la opinión de los españoles que ya saben lo que á *La Prensa* debemos y no quieren continuar confundidos con la masa, bajo la apariencia de un indiferentismo doblemente censurable en este caso; lo que yo deseo es hacer

entender ahí mismo, en Buenos Aires, que nos hemos dado cuenta de lo que significa la creación de las dos cátedras mencionadas, para qué resuene, en el propio lugar en que el beneficio se ha realizado, la voz de nuestro reconocimiento.

Crear una cátedra de gramática ó de idioma castellano ya sería mucho, puesto que es incalculable el efecto que produce—como contrarresto á la corrupción lingüística—un foco que, sin las estrecheces de nuestra Academia Española, representa el cultivo de la tradición sana y la irradia en todos sentidos, sirviendo de punto de concentración de los esfuerzos aislados de carácter *purista*; pero reforzar esa cátedra con otra de Historia literaria española, revela que la fundación no obedece á un puro movimiento sentimental, siempre muy estimable, sino que procede de una reflexión detenida de las condiciones necesarias para que la obra prospere. En efecto, la literatura de un país es, no sólo una de las maneras vivas de su idioma (que, analizado en los estudios gramaticales, corre siempre riesgo de caer en cosa momificada y seca) y, entre esas maneras, la más espiritual y en cierto sentido la más libre, sino que juntamente es la expresión más alta de la inteligencia de un pueblo. Aquella significación espiritual que Fichte veía en el lenguaje, no puede ser percibida en la gramática, pero sí en la literatura, donde el alma de las colectividades va dejando las huellas de su pensar y de su sentir. Claro es que me refiero á un concepto de la literatura que comprenda en sí, no sólo las obras llamadas por algunos «eruditas», sino también las propiamente populares, no menos notables que las otras, y muchas veces más próximas á la verdadera psicología de los pueblos que las producciones refinadas de muchos literatos profesionales. Basta recordar lo que extravía en punto al conocimiento del nuestro, el *italianismo* y el *clasicismo* de no pocos autores del siglo de oro, y lo falso que sería figurarse el sujeto español á través de las artificiosas comedias calderonianas. Cánovas del Castillo, que conocía bien la España de los siglos XVI y XVII, no dejó de advertir esto, aunque no era un crítico de literatura.

La cátedra de historia tiene también otra utilidad. En estos tiempos últimos parece haber cundido por algunos países de América cierto desprecio hacia la producción literaria española pasada y presente. Se ha tachado su lectura de inútil para un hombre moderno, y, olvidando la estimación y las preferencias que por algunos autores nuestros, correspondientes á la época clásica, han manifestado escritores tan del día como verbigracia Schopenhauer (para citar á uno que no es literato), se ha llegado hasta negar las excelencias del *Quijote*, considerando trabajo perdido el que se empleara en leer esa novela. Semejante desprecio, tan injusto y erróneo, se puede combatir de una manera eficaz cultivando la historia literaria de España, que ha tenido egregios representantes en América, restaurando su estudio y llevándolo hasta nuestros días, para convencer á las generaciones nuevas de que no producimos tan sólo obras ñoñas apartadas de las corrientes modernas y empapadas en las «intransigencias inquisitoriales». Sin duda, cuando pase—y ya va pasando no poco—la arroyada de ciertos modernismos belgas y franceses, en que no es oro todo lo que reluce, ni la mitad siquiera, las aguas volverán á su nivel ordinario, á su cauce racional, consagrado por los grandes hombres de todos los tiempos, y se rendirá nuevamente justicia á los grandes libros de todas las épocas y á los modos de decir naturales, corrientes, llanos y sobrios. Á que esto llegue, contribuirá en gran medida, por lo que toca á España, una difusión inteligente de nuestra historia intelectual expresada por los grandes escritores. Y he aquí cómo las cátedras creadas por *La Prensa* adquieren, á medida que se reflexiona sobre su función, una trascendencia más alta.

Yo debería hablar aquí también del catedrático, para apreciar en todos sus aspectos la creación de *La Prensa*, máxime cuando soy de los que creen que la escuela no está ni en los planes orgánicos, ni en los programas, ni siquiera en el material de enseñanza, sino en el maestro; pero me está vedado entrar en este punto. Deseo con-

servar, hasta en las apariencias, el carácter objetivo, absolutamente imparcial, que á este artículo corresponde naturalmente; y no quiero dar ocasión, á los que no me conocen, de presumir que mi vieja amistad con el doctor Atienza y Medrano influye lo más mínimo en mi juicio. Los que me conocen, ya saben que ni ese ni otro motivo han torcido jamás la imparcialidad de mi pluma.

Pero sí puedo hablar del público, que es otro factor importante de toda obra de cultura y que, en cierto modo, formula espontáneamente su juicio.

Podía la *La Prensa* haber fundado las dos cátedras á que vengo refiriéndome, en virtud de un impulso generoso, y haber sufrido una equivocación respecto del terreno en que dejaba caer la semilla. Pero ni aun en esto se ha equivocado. El número de los oyentes inscritos en la cátedra de idioma y en la de historia, y lo variado de su condición y procedencia—señoras, señoritas, adolescentes, alumnos de los establecimientos oficiales de enseñanza, hombres ya formados, nacionales y extranjeros—, indica que la iniciativa del diario bonaerense se produjo en el momento preciso, y que el público sentía la necesidad de tales estudios. *La Prensa* ha encontrado el colaborador que necesitaba para que su obra fructificase, en vez de quedar en un puro entretenimiento de unos cuantos eruditos.

Hace pocos días, un benemérito de la literatura francesa, el director de *Mercure de France*, Alfredo Valette, denunciaba valientemente, al exponer el nuevo plan de su revista, el vicio de egoísmo de que adolece la prensa de su país, arrastrada por «la evolución comercial» del diario, que mata toda independencia, todo espíritu generoso, toda idea sincera. El mal no es exclusivo de Francia; se padece en casi todos los países, en unos más, en otros menos; y los que hemos pasado algunos años de nuestra juventud trabajando fervorosamente en la escuela del periodismo, creyendo en su misión ideal y ayudando á que se cumpliera, no podemos menos de contemplar con profundo dolor los progresos de esa enfermedad, que lleva consigo el despres-

tigio de algo que nos fué siempre muy querido y que tiene llena nuestra memoria de recuerdos amables. En ese derrumbamiento de una de las ilusiones de nuestra vida, ejemplos como los que da *La Prensa* con sus variadas instituciones de cultura y de cooperación social, obran á manera de tónicos que nos devuelven nuestras energías desmayadas por el desengaño, y restauran nuestra fe en el periódico. Y este es un nuevo motivo para que yo aplauda esas obras y añada, á mi gratitud como español, mi gratitud como viejo periodista.

II

Un patriota español

...Y si habla mal de España, es español.

Este célebre verso de Bartrina, pinta de mano maestra, con un rasgo de admirable exactitud, nuestro decantado *patriotismo*. Yo soy de los que opinan que los españoles, tomados en conjunto, no somos patriotas. No quiero decir con esto que nos falte, tan en absoluto como algunos suponen, el concepto de la unidad hispánica y el amor de la patria grande. Aunque la historia muestra que ese concepto y ese amor han tardado muchos siglos en producirse entre nosotros, hace tiempo que existen (aunque imperfectos), y el mismo Pi y Margall lo hubo de reconocer así. Bien claro me parece que se expresa en los actos y dichos de no pocos españoles de aquella azarosa época de nuestra hegemonía política, no obstante conservarse entonces rigurosamente el particularismo de los antiguos reinos, como ya demostró, en ocasiones solemnes, el conde-duque de Olivares. En cuanto

á hoy, que hablen por mí, principalmente, los españoles emigrados á los países de América.

Lo que quiero expresar con aquella afirmación, es que no hemos sabido ser patriotas más que en cosas muy externas, que suelen ir mezcladas con otros sentimientos menos puros, ó si se quiere, menos *sociales*. Así, la vanidad militarista de los soldados de nuestros famosos tercios—tan justamente zaherida por Brantome y otros escritores extranjeros—, hizo el papel de patriotismo en los siglos XVI y XVII; y la reacción bravía del instinto elemental de independencia, mezclado con la repulsión á todo lo extraño, dió tinte de patriótica á la guerra contra Napoleón. Pero ni hemos sido nunca patrioterros á la manera francesa clásica, ocultando los defectos propios y sobrealabando las buenas cualidades que pudiéramos tener (ó atribuirnos), ni menos hemos sido patriotas para lo que significase cooperación al progreso de la colectividad. Respecto de lo primero, todo el mundo sabe que no ha habido más implacables censores de las faltas de su pueblo que los españoles mismos, y á ello aludió Bartrina. Respecto de lo segundo, son buenas muestras nuestra manga ancha en punto á todo lo que signifique sustracción de medios al Estado, á la colectividad, nuestro desprecio á los intereses comunes y el feroz individualismo que generalmente acompaña á nuestras mismos progresos industriales y de todo orden.

Claro es que, por fortuna, ha habido siempre, y sigue habiendo, excepciones de esa regla.

De una de esas excepciones quiero hablar hoy para que se la conozca y ensalce como es debido, y para que sirva de ejemplo á los que siempre tienen en boca la patria y nunca la sirven positivamente. De ello hablé, hace más de un año, en un diario de Madrid, y esta es la fecha en que nadie se ha hecho eco de lo que dije, ni aun á título de información; y eso que, como noticia, reunía todos los caracteres de *actualidad sensacional*: digo, si es que se me concede que hay más hechos sensacionales que los delitos y las guerras.

El caso es como sigue. Todo el mundo conoce el interés puesto por los yanquis, más ó menos directamente, en la reforma pedagógica de Cuba y Puerto Rico, y los admirables resultados que bien pronto obtuvieron. En Puerto Rico, su acción fué más intensa y oficial, por consecuencia lógica de la dependencia inmediata en que quedó la isla después del desastre de 1898. Los que concedemos excepcional importancia á la instrucción pública y hemos deplorado siempre la escasa atención que á ella han prestado, por lo común, los gobiernos españoles, vimos con agrado y con envidia ejercerse en este particular la acción de las autoridades norteamericanas. Pero esa acción llevaba consigo un peligro sumamente grave para los españoles. Ese peligro era la desaparición, en plazo breve, del castellano, y los que en Hispano-América se preocupan (americanos y españoles) por los síntomas de descomposición que en nuestro idioma se advierten y procuran reaccionar contra ellos, saben bien lo que esto significa y las consecuencias que habría de producir.

El ejemplo, relativamente reciente, de Texas, no era el precedente más abonado para tranquilizar á los españoles, aunque por lo pronto no manifestaron los yanquis intenciones de expulsar de la isla el castellano, directa ni indirectamente. Pero el conflicto se planteó en seguida, por la contradicción que resultaba entre los preceptos constitucionales, más los principios pedagógicos norteamericanos, y las condiciones de los libros de texto escritos en nuestro idioma. No eran éstos—me refiero á los de la escuela primaria—adecuados á los modernos métodos educativos, ni por su carácter confesional podían apropiarse á la neutralidad de la enseñanza *oficial* americana, ya que la Constitución yanqui prohíbe la admisión de libros en que se advierta «la preponderancia, ó la influencia exclusiva, de una determinada forma de religión». De esa contradicción resultaba el dilema siguiente: ó se reformaban los textos escolares castellanos, ó se les excluiría de la escuela. En este caso, la sustitución por libros escritos en inglés era

inmediata; y el plazo que el afán pedagógico de los yanquis marcaba para aquella transformación, era por demás angustioso.

Los peninsulares no hemos solido nunca enterarnos con solicitud de lo que pasaba en nuestras *colonias*. Una vez que dejaron de serlo Cuba y Puerto Rico, esa indiferencia aumentó en la generalidad, aunque allí quedaba una población *española* numerosísima, cuyo porvenir debía importarnos. Cierta es que la prensa dió cabida, durante algún tiempo, á partir de 1898, á cartas de españoles y recortes de diarios antillanos que se quejaban de los procedimientos yanquis; pero esto se hizo, más que por nada, por poner en evidencia que también los yanquis suelen tener en contradicción sus programas políticos y sus actos, y que no estaban tan satisfechos del cambio, como se decía, cubanos y puertorriqueños. En la opinión general no se advirtió ningún movimiento importante, y los gobiernos no sé que hicieran cosa de mayor cuantía. Nada de extraño tiene, pues, que aquí pasara inadvertida esa amenaza que sobre el castellano de Puerto Rico se cernía. De haberlo advertido, seguro estoy de que muchos de nuestros *americanistas* y todos los que conceden valor substancial al mantenimiento de un idioma, hubieran, por lo menos, tratado de promover una corriente de simpatía y auxilio á los puertorriqueños. No sucediendo así, éstos se vieron solos, pero no se desalentaron. Examinando con serenidad el conflicto, comprendieron que de ellos ó de nadie vendría su resolución. ¿No había libros adecuados para la nueva enseñanza? Pues era preciso crearlos.

Por circunstancia mil veces feliz, los españoles de Puerto Rico tenían á mano el hombre que les hacía falta. Ese hombre fué un asturiano, establecido desde hace mucho tiempo en la isla, borinqueño de corazón sin que el amor á la madre patria se haya debilitado en él, y persona cuya elevada y sólida cultura le hacía propia para tamaña empresa. Ese hombre se llama don Manuel Fernández Juncos.

Hay en el mundo intelectual dos clases de gentes: unas, brillantes, exteriores, aparatosas, van diciendo á todo el que quiera oírlas—y aun á los que no quieren—lo que son, y á veces mucho más de lo que son. Caen en esa especie, lo mismo los pedantes que algunos hombres de verdadero mérito, incapaces de reprimir la facundia y la exteriorización constante de sus facultades y de su saber, algunos con ingenuidad que les libra de toda censura. Respecto de ellos, no cabe más engaño que el de estimarlos, por deslumbramiento, en más de lo que realmente valen, ó de rebajarles el coeficiente de mentalidad que su *yoyismo* se encarga de ensalzarnos á falta de abuela, muchas veces.

Las otras gentes á que hice referencia, forman en el grupo de los trabajadores silenciosos, modestos, de poca fachada, que se muestran al público cuando es necesario, siempre de la manera más objetiva posible; pero que ni buscan la notoriedad ni, confundiendo las especies, se empeñan en ser *intelectuales* en todos los momentos de la vida, lo mismo si hablan del frío ó el calor, que si discuten sobre los más arduos problemas metafísicos. Estos son los que dan chascos mayores, siempre en beneficio de ellos. Su conversación sencilla, natural, nada descubre de lo que en su espíritu llevan; discurre, llana y sin pretensiones, por los cauces ordinarios del tópico vulgar. Mas de pronto, tocáis un asunto de verdadera importancia, y, sin variación en el tono, aquellos hombres empiezan á desdoblarse su pensamiento, á decir cosas hondas, á mostrar el jugo de su cultura, haciéndoos caminar de sorpresa en sorpresa, asombrados de todo lo que ocultaba la aparente sencillez del principio. De estos hombres es Fernández Juncos. La primera impresión respecto de él, puede resumirse así: «Dulce, simpático, *aficionado* á lo intelectual; una excelente y agradable persona.» La segunda, va expresada en esta reflexión de forma vulgar. «Es un hombre de cuidado.» ¡Y tan de cuidado! Quizá él mismo no sabe todo lo de original y profundo que lleva en su espíritu. Pero aunque

no lo sepa, lo pone en sus obras; y eso es lo único importante en la vida.

Fernández Juncos acometió y realizó, en el plazo angustioso de dos meses, la tarea de crear los libros nuevos en castellano. Naturalmente, fué á buscar modelos, como hombre discreto, donde habían modelos más próximos y más conformes á la necesidad que se quería satisfacer. Así, redactó una serie de cuatro *Libros de lectura*; los tres, adaptación de los escritos por Sarah Louise Arnold y Charles B. Gilbert, y el último enteramente original de nuestro paisano, pues la colaboradora que en la portada aparece (Isabel K. Macdermott) no lo ha sido más que en punto á las llamadas *condiciones materiales* de la edición. Ese *Libro cuarto de lectura* es una copiosa antología de escritores modernos, en que figuran, al lado de Balmes, Trueba, Alarcón, Balart, Pi y Margall, Castelar, Núñez de Arce, Revilla, Moratín, Giner de los Ríos, etc., los sudamericanos Bello y Palma y los extranjeros Tyndall, Franklin, Andersen, Walter Scott, Longfellow, Grim y Heredia.

Además de esos cuatro libros, ha escrito Fernández Juncos otro titulado *Los primeros pasos en castellano*, arreglo de *First Steps in English* de Albert Le Roy Bartlett, con adición de textos españoles escogidos en las obras de Trueba, Hartzenbusch y Campoamor; un volumen de *canciones escolares*, cuya música ha sido compuesta por don Braulio Dueño Colón, y finalmente, un *Compendio de Moral* que comprende, junto á los deberes para con nosotros mismos, para con la familia, la sociedad, etc., los deberes para con Dios, pero sin ligar su explicación á ningún credo confesional determinado, para mantener el compendio dentro del precepto constitucional.

Inútil es decir que libros editados en América del Norte y hechos á semejanza de los libros escolares ingleses y yanquis, son artísticos, simpáticos, llenos de atracción para los niños. Desde el papel hasta las ilustraciones, todo en ellos es igualmente agradable... y educativo; porque nada hay que encariñe más con los impresos que las

buenas condiciones de su presentación, con las que parece decirse ya la función importante que en la vida les corresponde y el respeto que se les debe.

Nuestro idioma se ha salvado en Puerto Rico. No lo han salvado las armas ni la diplomacia, sino el patriotismo inteligente de un español. Merced á éste, nuestro espíritu podrá seguir actuando sobre las generaciones puertorriqueñas futuras y, mezclado con el de otros pueblos, depurarse y hacer brillar mejor y con más provecho que hoy aquellas condiciones buenas que hacen de él un factor necesario en la obra común humana de la cultura. Yo, al menos, así lo creo firmemente.

III

Más sobre el patriotismo del idioma

Posteriormente á la fecha en que fué escrito el artículo anterior, los periódicos de Madrid han dado la noticia de haberse constituido una Sociedad cuyo objeto es la conservación del castellano en Filipinas. La empresa es necesaria; y los *patriotas* que gastan todas sus energías en «hacer» párrafos *castelarinos* de circunstancias, debían parar mientes en ella, para ayudarla con su concurso, para evitar que se malogre por equivocada organización ó por carencia de entusiasmo. En Puerto Rico también se prosigue la labor comenzada. La nueva Sociedad de Escritores y Artistas, que preside el señor Fernández Juncos, ha fundado una cátedra gratuita de Gramática castellana para personas adultas, desde diez y seis años en adelante, que no asistan á las escuelas públicas—una obra postescolar, por tanto—y otra cátedra de Literatura.